

Mis deseos por el Señor se hicieron más fuertes, y también mi celo por el conocimiento puro sólo de Dios y de Cristo, sin ayuda de hombre, libro o escrito alguno. Pues aunque había leído las Escrituras que hablan de Dios y de Jesucristo, así y todo no le conocía sino por revelación cuando el que tiene la llave abrió, y cuando el Padre de vida me atrajo hacia su Hijo por su Espíritu. Entonces el Señor me condujo poco a poco y con ternura, permitiéndome ver que su amor eterno y sin límites sobrepasa todos los conocimientos que el hombre natural posee, o que puede adquirir por la historia o los libros; y este amor permitió que me viese a mí mismo como yo era sin Él. Y temí toda compañía humana porque vi perfectamente la condición en que ellos estaban y esto lo vi a través del amor de Dios que me había permitido verme a mí mismo. No sentía hermandad con nadie, ni con sacerdotes ni con profesantes, ni con los inconformistas, sino con Cristo que tiene la llave, y me abrió la puerta de luz y vida. Temía todas las conversaciones y los habladores carnales, porque no veía más que la corrupción y la vida oprimida bajo la carga de corrupción. Cuando yo mismo estaba en el abismo, encerrado bajo el peso de todo, no podía creer que jamás iba a superarlo; mis ansias, mis duelos, y mis tentaciones eran tan graves que muchas veces pensaba que iba a rendirme a la desesperanza bajo tantas pruebas. Pero cuando Cristo me abrió como él había sido tentado por el mismo Diablo y lo había vencido y herido en la cabeza,¹ y que yo también iba a vencer por medio de su poder, luz, gracia y espíritu, yo tuve confianza en él. Así que fue él quien me libertó cuando estaba encerrado sin esperanza y sin fe. Fue Cristo que me iluminó, que me dio su luz para que creyera en ella, que me dio la esperanza, que es él mismo, me reveló a sí mismo dentro de mí, y me dio su espíritu y me dio su gracia, lo que me fue suficiente en el abismo y la flaqueza. De este modo, en la miseria más profunda, y en los más grandes dolores y tentaciones, el Señor en su misericordia me sostenía.

Y descubrí dos tipos de sed dentro de mí, una por las criaturas, para buscar ayuda y fuerzas de ellas, y la otra, sed por el Señor Creador y su Hijo Jesucristo. Y vi que todo lo que hay en el mundo no podía ayudarme. Si hubiese tenido vida, palacio, y servidumbre de rey, no habría valido de nada, porque nada me confortaba salvo el poder del Señor.

¹[[Génesis 3:15]]